

Las pandemias en el corazón de la capital

Del siglo XVI al XX



Las pandemias históricas en el corazón de la capital

PARA ENTENDER LA VIDA DE NUESTRA CIUDAD ES NECESARIO DETENERNOS en un capítulo singular que a menudo recibe poca consideración pero frente al cual no podemos pasar de largo, como muestran las actuales circunstancias. Nos referimos a la presencia de las enfermedades y los distintos brotes epidémicos a lo largo de los siglos.

Estas cuestiones, de hecho, fueron determinantes durante la caída final de la antigua Tenochtitlan, así como durante la constante evolución de la ciudad novohispana, primero, y, más tarde, en el México del siglo XIX y durante la posterior modernidad, con el Centro Histórico como un escenario privilegiado de estos procesos. Entender este complejo fenómeno no consiste solo en hacer recuentos de las jornadas catastróficas que los habitantes de la ciudad han tenido que afrontar, sino recordar las maneras en que se han superado los problemas, mostrando resiliencia e incluso creando nuevas medidas que han contribuido en la vida cotidiana de las personas, así como en la formación del patrimonio cultural, gracias a la creación de recintos hospitalarios que más tarde se transformaron en museos.

Esperamos que sea de su interés.

Los editores



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Portal de Mercaderes

POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR ANDRÉS LÓPEZ

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 12, NÚMERO 140.
FECHA DE IMPRESIÓN: 24 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 2-5, 9, 15, 18, 26, 27), **Arturo García** (pp. 10, 15, 19-23) y **Gustavo Ruiz** (pp. 17) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Ana Ofelia Barragán, Gil Camargo, Jetto Centeno Lara, Andrés López, Diego Iván Morales Garrido, Arturo Reyes Fragoso y Jorge Pedro Uribe Llamas** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

[f KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[ig fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02

CentrArte

Edificio Guardiola



20

Quehaceres

La China Poblana



24

Rastros

Antiguos cafés en el Centro Histórico



08

A fondo

Las pandemias en la Ciudad de México



06 Instantáneas



30 Cartelera



32 Niños



EDIFICIO GUARDIOLA

POR JETRO CENTENO LARA

En el predio donde se ubicaba la antigua Plaza Guardiola, actualmente se encuentra este edificio del Banco de México, uno de los más representativos de la arquitectura mexicana en el siglo xx.

SOBRE LA ACERA ORIENTE DEL EJE CENTRAL, ENTRE LA avenida 5 de Mayo y la peatonal Madero, se levanta el Edificio Guardiola. Es uno de los más característicos del patrimonio arquitectónico del siglo xx en el Centro Histórico, concentrado de forma particular en esta misma zona, con otras construcciones como la Torre Latinoamericana, que está unos metros hacia el sur, o el Edificio de La Mutua, con el cual el Edificio Guardiola tiene un doble parentesco, no solo por ciertos rasgos formales, sino porque ambos han fungido como sedes del Banco de México.

Puede decirse que ese lugar ya tenía una notoriedad especial desde antes de que construyeran el edificio. Para más

señas, ahí se ubicaba en el siglo xvii la casa de los marqueses de Santa Fe de Guardiola, que daba nombre a la plazuela que se extendía en el lugar, donde solían esperar los «coches de alquiler», para que la gente paseara por el rumbo de Plateros, el nombre antiguo de la actual Madero.

En las páginas de *La Ciudad de México*, José María Marroquí cuenta que en 1871 la construcción original fue sustituida por un nuevo palacete, cuando la familia Escandón la convirtió en su residencia. No se trataba de una casa común solo por su abolengo, sino porque en su balaustrada superior descansaban las efigies de dos leones y dos perros, así que coloquialmente recibió el mote de «la casa de los perros».



Dicha residencia finalmente fue demolida en 1938, y, a partir de ese momento, el terreno fue habilitado para recibir al actual Edificio Guardiola, el cual estuvo listo en 1941. El diseño corrió a cargo del arquitecto mexicano Carlos Obregón Santacilia –en colaboración con el ingeniero Francisco Ramos–. El arquitecto Obregón ya había dado vida a otras construcciones relevantes, tales como el Edificio Jory (que se localiza en el número 10 de la calle de la Palma) o el desaparecido Hotel del Prado (que se erguía sobre la avenida Juárez), y fue el responsable de adaptar la gran estructura de hierro para el Monumento a la Revolución (que originalmente se pensó que fuera la sede del Palacio Legislativo).

El Edificio Guardiola se construyó como un anexo del Banco de México. Uno de sus rasgos más llamativos es que cuenta con nueve niveles, aunque no todos son visibles desde la calle, pues algunos son subterráneos, algo que no es frecuente en las edificaciones del Centro capitalino (y de hecho no son comunes en la ciudad en general, en parte por su suelo lacustre). La razón para construirlo de este modo obedece a la necesidad de brindar mayor seguridad a las bóvedas bancarias, que debían quedar comunicadas desde el subsuelo. El resto debía acondicionarse para las oficinas del personal administrativo.

El diseño de Obregón Santacilia responde al clima cultural de aquella época, tanto por las particularidades de



México (que afianzaba su etapa modernizadora) como por el contexto global (definido sobre todo por la Segunda Guerra Mundial). Es notorio su estilo sintético y racionalista. De hecho, conforme el tiempo avanzaba y la ciudad se expandía, los rasgos arquitectónicos modernos tendieron a aligerarse, ya sin la carga de las construcciones novohispanas. La construcción que nos ocupa mantiene aún algunos elementos del estilo *art déco*, mientras que otras de sus características pueden enmarcarse dentro de la corriente arquitectónica del funcionalismo. Sería erróneo atribuirle un estilo único. No en vano en *La obra de Carlos Obregón Santacilia* la investigadora Graciela de Garay reconoció a su creador como «un arquitecto de transición».

La fachada del edificio es de cantera de chiluca. Junto con el tezontle de tonos rojizos, la chiluca es uno de los materiales constructivos más frecuentes en el Centro Histórico, reconocible por su singular color grisáceo. También cuenta con recubrimientos de mármol, tanto en sus pisos como en sus lambrines.

Otra de las características más distintivas de la construcción de Obregón Santacilia la encontramos en la fachada, orientada hacia el poniente. Concretamente, está en su marquesina, que sobresale en forma de medio octágono, justo encima de las puertas giratorias que conducen al interior de esta institución, muestra única de la arquitectura mexicana moderna. .

La imagen del día

*Conozco una ciudad
que se llena de sol cada día
y todo lo absorbe ese momento.*

Giuseppe Ungaretti



Atenea en La Ciudadela, Antonio Sevilla



Maravillas arquitectónicas, Marcelino Gaytán Godínez



Munal, Daniel Valencia



Fuente de Águila devorando la serpiente, César Antonio Serrano Camargo



Cielo nublado, Tania Miranda



Life's a matter of moments, Abraham Castillo



Pegaso, José Maldonado

¿Quieres ver tu foto publicada
como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevistach@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales:

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)
[f KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

*Los otros habitantes
de la Ciudad de México:*
**ENFERMEDADES
DE LOS SIGLOS
XVI AL XIX**

POR DIEGO IVÁN MORALES GARRIDO

Es imposible narrar la historia de la ciudad sin reparar en las numerosas epidemias que han afectado la vida de sus habitantes en distintos momentos, como nos lo recuerda el presente texto, que pone en perspectiva algunos momentos en que las enfermedades marcaron la vida del Centro Histórico y el resto del país.





[...] las plagas y pestes son algo más que riesgos naturales inevitables que pueden, espero, superarse; en gran parte son los propios hombres quienes las provocan. Las epidemias brotan con las sociedades; la enfermedad ha sido, y seguirá siendo, un producto social no menos importante que la medicina que la combate. La civilización no solo lleva sinsabores, sino también enfermedades.

Roy Porter, *Breve historia de la medicina. De la Antigüedad hasta nuestros días*

LA SEGUNDA DÉCADA DEL SIGLO XXI HA COMENZADO con el azote de una ola pandémica. Al día de hoy, esta ha orillado a todas las naciones del planeta a permanecer en estado de confinamiento dado su terrible potencial destructivo. La covid-19, una extraña forma de neumonía que en su andar ha infectado a millones de

personas y cobrado la vida de otras más, ha dejado números calamitosos y aterradores, tanto que vistos a la luz de la mirada histórica dan pie para afirmar que una vez más nos encontramos frente a una situación sanitaria de magnitudes dantescas.

Digo que una vez más porque situaciones semejantes han ocurrido en tiempos pretéritos. Baste recordar que, entre los siglos XVI y XIX, los capitalinos tuvieron que vérselas con la viruela, el sarampión, el tifo, la salmonela, las llamadas «fiebres del 13» y el cólera *morbus*, enfermedades todas cuyos efectos devastadores obedecieron al desconocimiento de los agentes virales que las provocan, a la falta de higiene, a la deficiente alimentación, a los desaciertos de los sucesivos gobiernos y a la constante desobediencia ciudadana de las recomendaciones sanitarias. Sin más preámbulo, de esos ciudadanos silenciosos, infinitamente pequeños y letales, y de los medios que contra ellos fueron empleados para conservar la salud, hablaremos a continuación.

Comienzo diciendo que la llegada de la viruela a la poderosísima Tenochtitlan marca la obertura del drama infec-



Contagiados de *hueyzahuatl* en el Códice Florentino, siglo XVI

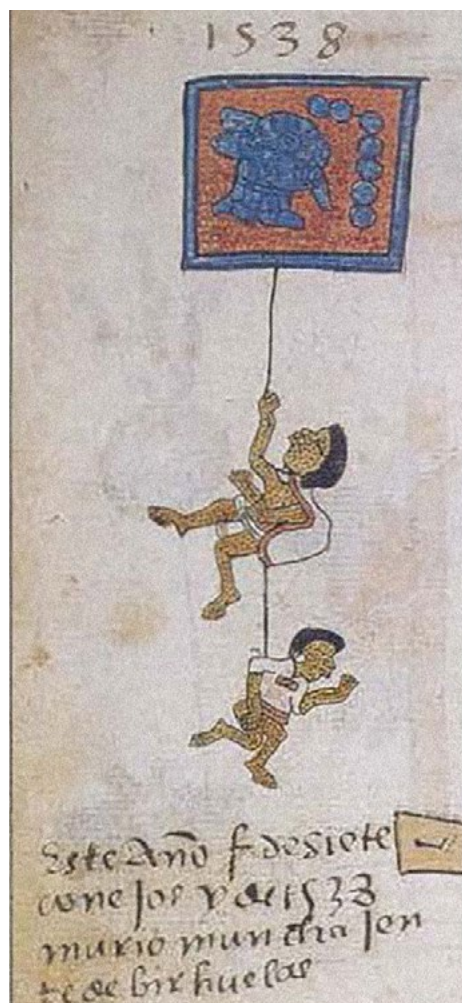
tocontagioso. Los brotes de esta enfermedad se presentaron por vez primera hacia 1520, en el marco de la expedición de Pánfilo de Narváez enviada por Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, para detener a Hernán Cortés. Los mexicas denominaron a este malestar como *hueyzahuatl*, esto es, la «gran erupción» (de los vocablos en náhuatl *huey*, «gran» y *zahuatl*, «erupción, granos, sarna»). Entre 1520 y 1521, dicho padecimiento destrozó la defensa de la ciudad al matar a miles de combatientes tenochcas, incluido el *huey tlatoani* Cuitláhuac.

El franciscano Bernardino de Sahagún emitió el siguiente testimonio:

[...] era muy destructora enfermedad. Muchas gentes murieron de ella. Ya nadie podía andar, no más estaban acostados, tendidos en su cama. No podía nadie moverse, no podía volver el cuello, no podía hacer movimientos de cuerpo; no podía acostarse cara abajo, ni acostarse sobre la espalda, ni moverse de un lado a otro. Y cuando se movían algo, daban gritos.



Anónimo, Fray Bernardino de Sahagún, siglo XVII



Códice Telleriano-Remensis

Su hermano de orden, Toribio de Benavente «Motolinía», describió cómo «murieron también muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podían curar los unos a los otros, ni había quien les diese pan ni otra cosa ninguna». Recalcaba, además, que «porque no podían enterrar tantos como morían para remediar el mal olor que salía de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima, de manera que su casa era su sepultura».

Los rebrotes de viruela fueron muy recurrentes hasta el punto de irse debilitando con el paso de los siglos pero eso sí, obligando a los sucesivos gobiernos capitalinos a redactar el *Reglamento de la propagación de la vacuna en el Distrito Federal* (de 1829), a crear la Inspección de la Vacuna dependiente del Consejo Superior de Salubridad (en 1840), a instalar centros especiales de vacunación en varios puntos de la ciudad que contaran con policías para forzar a las madres a inmunizar a sus hijos (en 1840), y

a presionar a las maestras de las escuelas primarias para que hicieran lo propio con sus alumnos (en 1865), por mencionar algunas de las principales disposiciones que se implementaron.

Entre 1531 y 1532, el sarampión fue otra afección que diezmo en demasía a los tenochcas. Para diferenciarla de la viruela, la llamaron *tepitonzahuatl* («pequeña erupción»; de los vocablos en náhuatl *tepito*, «cosa pequeña» y *zahuatl*, «erupción, granos, sarna»). El patógeno resultó ser agresivo a tal extremo que se quedó sin huéspedes para reproducirse y se prolongó por mucho tiempo.

Para el siglo XIX afectaba sobre todo a la población infantil e hizo perder la vida a millares de niños en la Ciudad de México entre 1822 y 1825. Los dictámenes médicos señalaban que era «una enfermedad inflamatoria, constantemente entra erupción general sobre la piel de pequeñas manchas rojas semejantes a las mordeduras de pulgas».



José de Ibarra y Baltasar Troncoso, *Epidemia de matlazahuatl 1737 en la Ciudad de México, 1746*

Los periódicos notificaban a la población sobre los sitios que brindaban atención, y políticos de la talla de Juan Nepomuceno Almonte, Lorenzo de Zavala, Valentín Gómez Farías, Manuel Gómez Pedraza, Miguel Ramos Arizpe y José María Couto repartieron dinero entre los enfermos de bajos recursos para auxiliarlos.

Para 1545 y 1576, en la capital novohispana aparecieron brotes de *cocoliztli*, palabra náhuatl utilizada para designar, consideramos, la afección que actualmente conocemos como salmonela, puesto que varios documentos de la

Los brotes de *cocoliztli*, una importante afección gástrica, aparecieron durante la segunda mitad del siglo XVI

época la describen como un malestar que provocaba fiebres altas, dolores estomacales, diarreas y un abundante sangrado. Este mal, cabe señalar, cobró muchas más víctimas que el sarampión, la viruela y el *matlazahuatl* (tifo), epidemia esta que encendió las alarmas de 1576 a 1581 y de 1736 a 1739. En este último periodo las ciudades de México, Puebla, Tlaxcala, Toluca, Cuernavaca, Querétaro, Dolores, Tula y San Juan del Río resintieron sus efectos.

El *matlazahuatl*, la «red de granos» (de los vocablos en náhuatl *matlatl*, «red» y *zahuatl*), se distinguía por provocar en los aquejados sarna, dolor de cabeza, escalofríos, fiebre, reumatismo, disentería, falta de apetito, vómito, bubas en el cuello e ingles, hemorragia nasal y delirio.



José Guadalupe Posada, *El cólera*, siglo XIX

El cólera fue la pandemia más impactante del siglo XIX, la cual marcó toda una etapa histórica de la capital del país

Ahora bien, si por siglos las cosas fueron verdaderamente difíciles epidemiológicamente hablando, se pusieron muchísimo peor cuando las generaciones decimonónicas de la ciudad, del país y del mundo entero en general tuvieron que enfrentarse contra lo que entonces representó una novedosa, dolorosa y atroz manera de morir: el cólera *morbus* (de los vocablos griegos *chloe* y *bilis*, y la palabra latina *morbus*, «enfermedad»). Fue la gran pandemia del siglo XIX. Se llamó así porque los enfermos vomitaban bilis, esto es, unas náuseas agudas provocaban vómitos violentos y una diarrea tan vehemente que las deposiciones se convertían en un líquido blancuzco hasta el punto de no salir nada más que fragmentos de intestino, tras lo cual sobrevenían fuertes calambres, una sed insaciable y, finalmente, la muerte, que solía llegar al cabo de veinticuatro horas después de haber presentado los síntomas descritos. Deshidratados y moribundos, los coléricos



Templo de la Purísima Concepción



Hospital de Jesús



Museo Nacional de Arte

presentaban labios arrugados y azulados, lo mismo que un rostro hundido y marchito.

La capital de México fue alcanzada por los brotes pandémicos de 1833 y 1850, que desataron una tremenda desolación, descontrol, confusión y temor entre los residentes, toda vez que los doctores ignoraban la forma de atacar el cólera. Los panteones de Santiago Tlatelolco, San Lázaro y El Caballote se hallaban saturados de cadáveres y los productos de primera necesidad comenzaron a escasear.

Basta con apuntar, para darnos una idea, cómo en 1833 Guillermo Prieto relataba que «en las calles la gente corría pidiendo auxilio; los templos permanecían con las puertas de par en par, con mil luces en los altares; los carros iban llenos de cadáveres». Lo que le impresionó fue ver abandonada una casa que había por el barrio de la Lagunilla. «Sus treinta cuartos se encontraban vacíos, quizás porque sus dueños habían huido del barro o habían perecido».

Y a todo esto, ¿no había hospitales?, ¿no había medicinas?, ¿no había galenos? ¡Sí, sí y sí! Los conquistadores y sus descendientes, lo mismo que los españoles e indios nobles, podían acudir al Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, ubicado en la actual avenida 20 de Noviembre 82, en busca de alivio, excepto para tratarse de lepra, sífilis y demencia. La población en general, los mulatos y los negros libres, por su parte, podían hacer lo propio en el Hospital Real de la Epifanía y Nuestra Señora de los Desamparados o San Juan de Dios, que hoy alberga las instalaciones del Museo Franz Mayer, sobre la actual avenida Hidalgo 45. De igual manera, los novohispanos también contaban con la opción de internarse en el Hospital de San Andrés para recibir los mismos servicios; aquí ya era posible encontrar tratamiento para malestares demenciales desde 1787. Este nosocomio fue levantado en el domicilio del actual Museo Nacional de Arte, en el número 8 de la calle de Tacuba.



John Phillips, *Plaza de Santo Domingo*, siglo XIX

Por otro lado, la población capitalina también podía recurrir a los remedios preparados en las boticas ubicadas en los hospitales, los conventos y, de manera general, en cualquier calle de la ciudad. Por ejemplo, en 1787 podían comprar el libro *Botica general de remedios experimentados*, que se anunciaba en la *Gazeta de México*, puesto a la venta en la relojería de la calle de Porta Coeli (hoy Venustiano Carranza) y la vinatería del Puente de Jesús Nazareno, mientras que en la Real y Pontificia Universidad podían adquirir «las famosas pastillas de fierro sutil, que el doctor José Ignacio Bartolache verificó, con demostración solemne en tres tardes consecutivas [...]», allá por el año de 1772. Este lugar se encontraba enfrente de la antigua Plaza del Volador, en donde ahora se localiza el edificio que alberga la Suprema Corte de Justicia de la Nación (Pino Suárez 2).

En los años del Imperio de Maximiliano, los capitalinos también podían acudir al *Almacén de drogas, medicinas*

y productos químicos de Santa María Da ubicado en el número 5 de la calle de Manrique (la actual República de Chile), en busca de sus flamantes productos como el elixir de pepsina, las grageas de lactato de fierro, el vino de quina y los gránulos de bismuto, por mencionar algunos.

De igual forma, los habitantes de la capital podían comprar las píldoras de Brandeth para combatir «las enfermedades crónicas» en la Tienda de la Salud, localizada en la esquina que formaban la calle de Cordobanes (parte de la actual Donceles) y la Primera de Santo Domingo, en las inmediaciones de la plaza. Otra opción disponible era la Tlapalería de los Bajos de Porta Coeli, que vendía a peso cada botecito de su pomada vegetal. Con esta, «a los ocho días de aplicada, no queda ni señal de [...] enfermedad, por antigua y arraigada que esté, tanto en los ancianos como en los jóvenes».





Archivo Histórico de las Notarías de la Ciudad de México

Por supuesto, también podían contratar los servicios de algún galeno como José María Castro, quien por aquellos años brindaba atención en su casa, ubicada en el número 1 de la calle de las Vizcaínas. Este médico afirmaba que «en dicha casa servirá gratis a los pobres, todos los días, por mañana y tarde». Lo propio hizo su colega Ángel Iglesias Domínguez (por cierto, introductor de la vacuna animal a México, precursor de la oftalmología en el país, fundador de la Academia de Medicina y nieto de la corregidora Josefa Ortiz de Domínguez), quien podía ser localizado en «su antigua casa, número 6 de la calle de San Ildefonso», sobre todo los lunes, miércoles y viernes, cuando daba consultas gratuitas «de dos a tres de la tarde», mientras que los martes, jueves y sábados eran días reservados para todo aquel que necesitara atenderse de algún malestar ocular.

Caso similar fue el del doctor José María Rodríguez, quien comunicaba haberse «mudado a la calle del Calvario número 8» (hoy avenida Juárez, cerca del edificio del Archivo Histórico de las Notarías de la Ciudad de México), además de brindar «consulta gratis de cuatro a cinco de la tarde». Mientras tanto, el médico Fenelón, «de las facultades de París y México», ofrecía sus servicios a la humanidad doliente «todos los días en la calle de las Escalerillas número 9, de las tres a las cuatro de la tarde», lo mismo que «consultas gratuitas para los pobres, los lunes, miércoles y viernes, a las mismas horas». A esa calle muchos la conocemos como República de Guatemala.

Llegado a este punto, no me resta más que finalizar mi reflexión diciendo que al paso de los siglos fueron emitidos



Palacio de la Escuela de Medicina

un sinnúmero de providencias para frenar la propagación de las enfermedades y de las defunciones. Lamentablemente, dichas medidas solo se ejecutaban inmediatamente después de haberse presentado los primeros casos de algún mal o mientras este se hacía presente, por lo cual terminaron siendo poco o nada eficaces.

A lo anterior, se le suma el hecho de que durante ese tiempo los hospitales fueron conocidos como «las puertas de la muerte», porque funcionaban como lugares de refugio, sin mencionar que el estado de sus instalaciones dejaban mucho que desear. «Si malo es San Juan de Dios, peor es Jesús Nazareno» era la máxima que había inventado el vulgo a manera de crítica del sistema hospitalario capitalino.

En relación con los medicamentos que se vendían en

las boticas ciudadanas, únicamente los sectores medio y alto pudieron tener acceso a ellos, porque eran productos muy caros (y del médico mejor ni hablamos). Hasta muy avanzado el siglo XIX, los médicos requirieron mucho más que un título expedido por la Escuela de Medicina para ganar la credibilidad y la simpatía de la población.

Entonces, como ahora, los residentes del corazón del país, sin proponérselo, tuvieron que compartir las calles de la ciudad con unos microscópicos vecinos venidos de fuera contra los cuales entablaron una guerra mortal que al día de hoy está muy lejos de tener un final, pero, no obstante, encontraron en la capital mexicana un sinnúmero de armas terapéuticas que les posibilitaron plantar cara a los patógenos y salir adelante en los momentos críticos que se han vivido. 

La China Poblana: rebozos, trajes típicos ¿y cubrebocas?

POR JORGE PEDRO URIBE LLAMAS

Sobre la calle de Venustiano Carranza, esta rebocería ha ofrecido distintos productos artesanales durante décadas, manteniendo una tradición de mucho arraigo en el Centro Histórico.

¿L A DOCTORA SHEINBAUM NO VIENE A COM-
prarles rebozos de vez en cuando? Di-
go, trabaja aquí a unos pasos...
–No, ella es más de *pashminas*. Pe-
ro con gusto la invitamos a conocernos.

–¿No es lo mismo una *pashmina* que un rebozo?

Impertinente pregunta ante al mostrador –de madera– de la rebocería más antigua y acreditada del Centro, situada en un local de un edificio que parece neoclásico –pero es de 1904, del arquitecto Goyeneche–, en Venustiano Carranza

43, entre San Bernardo y la Suprema Corte. En funciones aquí desde mediados de los años treinta del siglo xx, aunque con orígenes más remotos:

–Comenzamos vendiendo en el Mercado del Volador. Luego abrimos la rebocería en el 115 de esta calle. Pero también hemos estado en el callejón de Tabaqueros. Hace ya unas décadas que funcionamos como casa mexicana.

–¿O sea?

–Que también vendemos trajes típicos mexicanos. Por ejemplo de charro, y hasta de botonadura bajo pedido.





Me pongo a hacer cuentas. La señora María Elena Aguilera debe de tener más de ciento veinte años de edad. Pudo conocerla Manuel Payno y hasta basarse en ella para algún personaje de *Los bandidos de Río Frío* (1891). Sin embargo no luce de más de cincuenta. Enseguida aclara, como le-yéndome el pensamiento:

—Cuando digo «comenzamos» me refiero al fundador. Nosotros ya somos cuarta generación.

Volteamos juntos, al mismo tiempo, hacia el retrato de Maximino Muñoz, el ceño fruncido, la camisa de buena calidad, el bigotazo. Sus restos descansan en las criptas de la Catedral, pero casi que podemos sentir su presencia al interior del local. Sigue siendo el mandamás en La China Poblana.

—Empezó vendiendo en ferias. Era el señor más bueno que ha existido. Después su mujer heredó el negocio, Dolores Aguilera; luego pasó a la cuñada de ésta, María de la Luz Velasco, y ahora es de Agustín Aguilera, pariente nuestro.

Evidentemente todo ha quedado en familia. María Elena es tía de Gabriel, que a su vez es marido de Gabriela. Los tres me atienden de maravilla, con todo y mis preguntas un tanto cuanto fuera de lugar («¿y quién de ustedes se va a quedar con el negocio una vez que haya fallecido Agustín?», «¿no es horrible tener que convivir todo el día como familia y además como compañeros de trabajo?», etcétera). Son educados y hacen honor a la excelente reputación del fundador Maximino Muñoz. Sonríen con benevolencia, tienen suficiente callo con la gente.

—Una vez una señora se asomó y le dijo a su hija: «Ah, es una tienda de telas chunditas, vámonos». Me quedé con mucho coraje, pero no dije nada. ¡Vendemos rebozos de seda! Si supiera que acá han comprado Lola Beltrán y Armando Manzanero, y Rubén Albarrán para el concierto del treinta aniversario de Café Tacvba...

Esto lo apunta Gabriela sin exhibir ningún rencor. Será la prudencia con que la dotan la Virgen de Juquila,



el arcángel san Miguel, san Judas Tadeo, la Virgen de la Divina Gracia. Los Aguilera son católicos practicantes, y a mucha honra. Del mismo modo que sienten un gran orgullo al expresarse de su tienda y su adorada clientela variopinta:

–Nos llegan a comprar extranjeros, gente de la política, familias de buena posición económica, pero también señoras que ahorran para comprarse su rebozo fino.

Además cuentan entre sus marchantes a algunos devotos del Señor del Rebozo, que, como todo el mundo sabe, tiene su capilla en el esplendoroso templo de Santo Domingo. Gabriel, de mirada afable, admite que ellos no pertenecen a esta cofradía, «pero alguna vez sí le he rezado algún Padre Nuestro». Y agrega:

–Ahora mismo los rebozos viven un segundo aire. Cada vez más gente joven se acerca a comprarnos. Incluso hombres, para usarlos de bufanda, o ciclistas, para protegerse del viento. También como cubrebocas últimamente...

Claro que para esto último no ofrecen sus rebozos de seda (de aproximadamente mil quinientos pesos cada uno). Si acaso algunos de treinta, de algodón con artisela, finos y artesanales, como todo lo demás que venden. «Nada es chino, aunque nos llamemos La China Poblana», bromea.

Desde una vitrina nos mira otro hombre a colores, se trata de Agustín, el actual propietario, de semblante feliz y acompañado de su perrita Nube. Ningún miembro de esta familia vive en el Centro, aunque les gustaría. «Las rentas han subido bastante», reconoce Gabriel. No importa, igual se bajan a diario en el Metro Zócalo, trabajan con gusto y esperan algún día ver cruzar por la puerta a la doctora Sheinbaum o, mejor aún, al afable lector con ganas de potenciar su elegancia mediante la ayuda de un rebozo. O sencillamente pasar y hacer preguntas sobre la historia del local. Lo van a agradecer mucho. 🍌

.....

La China Poblana (Venustiano Carranza 43). 11 a 18:30 horas.





Tras las huellas de algunos cafés del siglo XIX

POR ARTURO REYES FRAGOSO

La tradición de los cafés en el Centro tiene una larga historia detrás. El presente texto rescata algunos de estos escenarios, donde brotaron las conversaciones, las ideas políticas, las iniciativas culturales y la simple convivencia cotidiana que han marcado a la ciudad.

A DIFERENCIA DEL PULQUE, EL ATOLE o el chocolate, el café tardaría en ganarse la preferencia de los paladares novohispanos. En las páginas de su imprescindible *Cocina mexicana. Historia gastronómica de la Ciudad de México*, Salvador Novo consigna el Café de Manrique como el primer establecimiento en ofrecer esta amarga bebida. El local abrió en los albores del siglo XIX, en la esquina que forman las calles de Tacuba y Monte de Piedad, frente a las oficinas de la Catedral Metropolitana.

Clementina Díaz y de Ovando proporciona la ubicación de otros desaparecidos cafés decimonónicos. En su estudio *Los cafés en México en el siglo XIX* menciona algunos, como el Café del Sur, que operaba donde hoy se encuentra el Gran Hotel de la Ciudad de México (16 de Septiembre número 82); el Café-sociedad de El Bazar, abierto en 1849 en la otrora casa de los condes de Miravalle, en el número 30 de Isabel la Católica (antigua calle del Espíritu Santo), donde actualmente se agrupan varios restaurantes, tiendas boutique y un hotel, así como el Café La Gran Sociedad, en la misma calle de Isabel la Católica esquina con 16 de Septiembre, donde se encuentra la Casa Boker.



Casa Boker



La gran innovación de 1875

En el edificio situado en la esquina de 16 de Septiembre y Bolívar, unas letras doradas, colocadas en lo alto de su fachada de sobrio color grisáceo, anuncian que el lugar fue sede de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Casi al ras de la acera, sobre la primera vialidad, existe todavía, empotrado en la pared, un vestigio de su función original: el buzón de depósitos nocturnos del Banco de Londres y México; con algo de atención puede también distinguirse grabado en la fachada el nombre del ingeniero responsable de su edificación: Miguel Ángel de Quevedo.

A diferencia de otros inmuebles cercanos, donde las autoridades capitalinas colocaron discretas placas para registrar la ubicación de otros establecimientos desaparecidos —como en la calle de Madero, antes de desembocar a la Plaza

de la Constitución, donde estuvo el Café del Cazador, entre 1835 y 1900—, aquí nada indica la existencia previa de uno de los cafés más representativos y pintorescos del México decimonónico: el Café del Progreso, del que existe una litografía, quizá la única de un establecimiento de la época, elaborada a mitad de la antepasada centuria y reproducida tanto en la obra de Novo como en la de Díaz y Ovando.

El fístol del diablo es una de las novelas más importantes en la literatura mexicana del siglo XIX. Su narración retrata los primeros momentos de la invasión estadounidense a nuestro país, la cual se prolongó desde 1846 hasta 1848. A través de las páginas de este libro, el escritor Manuel Payno nos legó pistas para abordar la historia de dicho establecimiento. Estuvo abierto al lado del Teatro Principal (conocido originalmente con el nombre de Coliseo Nuevo). Aquí



Edificio Anexo de la Suprema Corte de Justicia

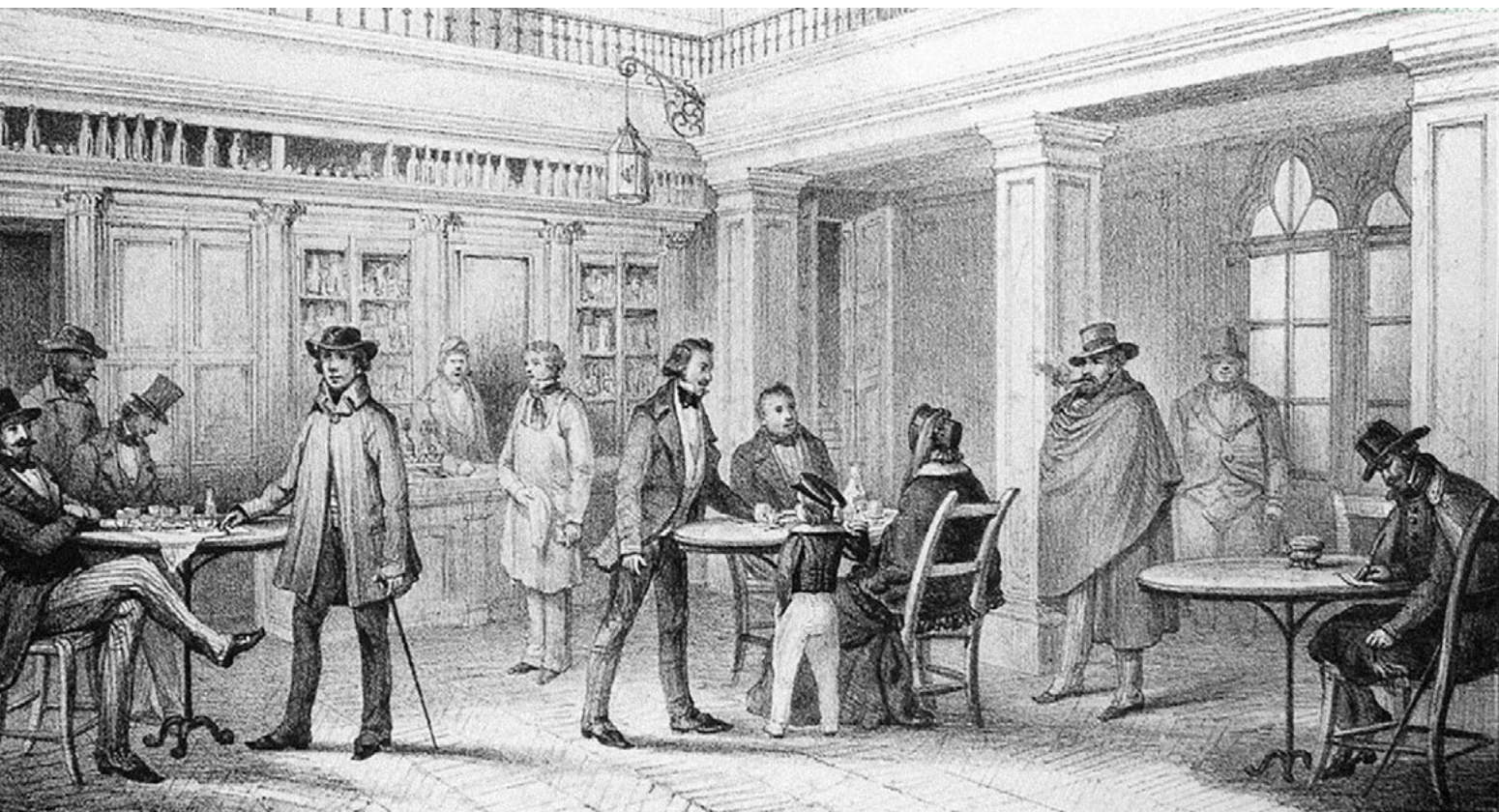
se atendía a sus parroquianos bajo el rótulo de Café Veroli, a cargo de un italiano de apellido similar. En su menú ofrecían, entre otros brebajes, el llamado café de tres cuartos, es decir, una taza humeante hecha de la misma cantidad de canela, cacao y azúcar.

Para inicios de la cuarta década del siglo XIX, el fundador del Veroli regresó a su tierra natal para disfrutar de la fortuna forjada en México, luego de traspasar el negocio que pasó a conocerse como Café del Progreso, al que integraron una fonda, hospedería, billares y salón de carteados. Para 1875, otro nuevo propietario agregó un inédito atractivo en nuestro país: el servicio de meseras.

Al respecto, Díaz y Ovando recupera una crónica de *El Eco de Ambos Mundos*, firmada bajo el seudónimo de «Nataniel». Su autor celebra la medida, porque brinda a

las mujeres una alternativa laboral ajena a la prostitución, y describe la novedad con abundantes dosis de sarcasmo:

Las meseras llevaban en un diminuto prendedor de plata un número, así es que para llamarlas no se les decía por sus nombres: Canuta, Modesta, Severa, Benigna, Cándida o Cástula, sino número uno, dos, tres, cuatro. La más asediada era la número cuatro, linda joven de dieciséis años; los parroquianos, jóvenes, viejos, payos y «pollos» crónicos, la floreaban, le dejaban los vueltos; la invitaban a beber con ellos, hasta que la número cuatro encontró el remedio: pidió una botella de *champagne* de cuatro pesos. El galán tuvo que pagar y quedó escarmentado.



Anónimo, *Café del Progreso*, litografía de Decaen, 1851

No se sabe cuándo cerró el Café del Progreso, ni si hasta entonces el servicio siguió corriendo a cargo de meseras, como en infinidad de cafeterías desde esa época –baste recordar la icónica fotografía del archivo Casasola, donde una mujer atiende a un grupo de soldados zapatistas en la barra de Sanborns–. Solo se tiene referencia de que en 1910 comenzaría a edificarse bajo la supervisión del ingeniero Miguel Ángel de Quevedo el edificio existente a la fecha en el cruce de 16 de Septiembre y Bolívar –calles antaño conocidas como Coliseo Viejo y Coliseo Nuevo–, inaugurado en 1914, en plena efervescencia revolucionaria.

El mismo Payno menciona que en este café se «mejoró el ramo de los helados, pues antes de él solo se conocía la nieve de rosa y de limón de la antigua nevería de San Bernardo; nieve áspera y cargada de azúcar».

Ubica el local en la esquina de las calles de Coliseo Viejo (la actual 16 de Septiembre) y Coliseo Nuevo (Bolívar), contiguo al Teatro Principal, por lo que era una sede idónea para agasajar artistas.

Por su parte, Guillermo Prieto ofrece la siguiente descripción del lugar en *Memorias de mis tiempos*: «En el patio, bajo los corredores y rincones había distribui-



José Guadalupe Posada, *La cafetera*, siglo XIX



Los cronistas y escritores del siglo XIX, como Manuel Payno y Guillermo Prieto, registraron la animada vida de estos establecimientos

das mesillas redondas descansando en tripiés de fierro y calculadas como para cuatro personas y sobre ellas a trechos largos se veían grandes depósitos de cenizas con brasas o braseros de lumbre para encender cigarros y puros».

Payno menciona que el propietario del café regresó a su tierra natal como dueño de una sólida fortuna, traspasando el negocio que entonces fue rebautizado como Café del Progreso. Esto sucedió a inicios de la cuarta década del siglo XIX. En el edificio había también una fonda, una hospedería, billares y salón de carteado.

El nuevo propietario puso un tejado de cristal sobre el patio, revistió de madera las gruesas columnas que sostenían un corredor cuadrado, colocó un el fondo un aparador surtido de cuanto apetecían y acostumbraban tomar los parroquianos, y todo esto lo pintó al óleo, remedando los más exquisitos y fantásticos mármoles, y con esta mejora quedó el lugar más elegante y más de moda en la ciudad. 



Foto: cortesía Secretaría de Cultura



Foto: cortesía World Press Photo

Los museos en la Ciudad de México

Poco a poco regresa la actividad cultural a la capital del país. Luego del anuncio del Gobierno de la Ciudad de México de permitir la reapertura de museos, el Antiguo Palacio del Ayuntamiento fue el primer recinto en abrir sus puertas al público, desde el pasado 11 de agosto. Dentro de él se encuentran el Salón de Cabildos, la Galería de Cronistas Urbanos, el Ágora y la Galería del Pueblo, los más recientes espacios museísticos de la Secretaría de Cultura capitalina.

De manera paulatina, han reabierto otros recintos de la Red de Museos de la Ciudad de México (como el Museo Archivo de la Fotografía, el de la Ciudad de México, el de los Ferrocarrileros, el del Estanquillo y el de Arte Popular), por lo que las personas pueden recorrer nuevamente estos espacios que resguardan parte importante del patrimonio visual, histórico y cultural de la urbe.

En esta nueva normalidad, los asistentes deben en todo momento portar cubrebocas, mantener la sana distancia, lavarse las manos y usar gel antibacterial. Los museos reciben un aforo no mayor a treinta por ciento de su capacidad, abren de 10 de la mañana a 5 de la tarde y es necesario que cuenten con filtros sanitarios, eviten el uso de volantes y procuren que el pago sea electrónico.

World Press Photo 2020

Como cada año, el Museo Franz Mayer abre sus puertas para albergar la *World Press Photo*. Se trata de una de las exposiciones fotográficas más famosas e importantes del mundo, que desde 1955 se ha encargado de premiar y, sobre todo, difundir el trabajo de miles de fotoperiodistas interesados en mostrar las diferentes realidades alrededor del planeta.

En 2019, se recibieron casi 74,000 imágenes de 4,300 fotógrafos que concursaron en las categorías de Asuntos contemporáneos, Medio ambiente, Noticias generales, Proyectos a largo plazo, Naturaleza, Personas, Deportes, Noticias de actualidad, además del gran premio de foto del año.

Del 2 de septiembre al 8 de noviembre podremos conocer las historias detrás de fotografías, como la de Farouk Batiche, quien capturó a la policía arremetiendo contra un grupo de protestantes en Argelia.

Hay imágenes fuertes, y otras que nos harán sonreír, como la de Steve Winter, que inmortalizó a tres tigres refrescándose en una piscina del santuario animal de Keenesburg, Colorado. O la de la activista Belinda Qaqamba Ka-Fassie en Cape Town, de la fotógrafa Lee-Ann Olwage.

.....

Museo Franz Mayer (Hidalgo 45) Miércoles a viernes, 10 a 17 horas, sábado y domingo, 10 a 19 horas. \$60.



Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Mecanismos del cosmos

En estos tiempos recientes, en que las actividades culturales se van reactivando poco a poco, el Museo de la Ciudad de México nos invita a la exposición *Mecanismos del cosmos*, de la artista Sofía Echeverri.

Compuesta por diez pinturas y diez piezas de cerámica, la muestra nos hace reflexionar sobre cómo la mujer ha sido borrada de la historia y nos invita a pensar en la construcción social de los roles de género.

Mecanismos del cosmos es una propuesta multidisciplinaria que está compuesta de tres series: la primera es «Antropología secreta/ Archivos visibles de historias ocultas»; la segunda, «Arqueología secreta/Mujeres trabajando»; y la última es «Señoras del saber». Cada una desmenuza el papel y la concepción del género femenino en diferentes ámbitos de la sociedad.

La exposición cuenta con una instalación de audio en la que se escucha la voz de mujeres hablando en tzotzil, maya, náhuatl, mixteco, mixe, zapoteco y chinanteco, con lo cual los visitantes podrán acercarse a las lenguas vivas de un país tan diverso como el nuestro.

.....
Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30) Martes a domingo, 10 a 18 horas. \$30. Hasta marzo de 2021.



Foto: cortesía Museo del Estanquillo

No te pareces tanto a mí

En 2008, el Museo del Estanquillo presentó *Te pareces tanto a mí*, una exposición que abordó la evolución del retrato como género artístico de los siglos XIX y XX. En esta muestra vimos importantes fotografías y esculturas de políticos, escritores, pintores, actores y, sobre todo, rostros del pueblo, de los ciudadanos de México de aquella época.

A más de diez años, el museo reabre sus puertas con *No te pareces tanto a mí*, una exposición de caricaturas de escritores, pintores, músicos, cantantes y actores, entre otros personajes de la cultura mexicana. A diferencia de la muestra pasada, aquí veremos diferentes estilos, desde el boceto y las líneas minimalistas, hasta el grabado y la exageración de las características de la caricatura.

La muestra fue curada por Rafael Barajas, mejor conocido como El Fisgón, caricaturista mexicano, pintor, escritor y activista político que publica en el periódico *La Jornada*. Aquí el visitante podrá encontrar caricaturas de Salvador Novo, Carlos Monsiváis y Ramón López Velarde, creadas por artistas como José Clemente Orozco, Miguel Covarrubias, Vicente Rojo y Carlos Mérida.

.....
Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26) Miércoles a lunes, 10 a 17 horas. Gratis.

Para grandes virus y bacterias, grandes medidas

Desde que la covid-19 llegó a México, ¡ya no se habla de otro tema! ¿Sabías que así como hoy nos amenaza un virus, en los últimos 500 años ha habido otras epidemias, algunas causadas también por virus y otras por bacterias? Lo bueno es que con el tiempo hemos logrado detenerlos.

Del SARS-CoV-2 todavía tenemos mucho que aprender, pero ya sabemos algunas cosas muy importantes. En esta ilustración andan sueltas varias enfermedades peligrosas, búscalas y encuentra las medidas de prevención para evitar que causen daño.

Enfermedades

Sarampión 
Varicela 
Salmonela 
Cólera 
Covid-19 

Medidas de prevención

Vacuna. 
Vacuna. 
Lavarse las manos, cocinar bien los alimentos. 
Lavarse las manos, hervir o desinfectar el agua para beber. 
Tapabocas, lavarse las manos, distancia social. 

